

MIRADAS



# DESDE LOS FEMINISMOS: AGENDA RADICAL PARA UNA GESTIÓN CULTURAL

XIMENA PÓO FIGUEROA

Doctora en Estudios Latinoamericanos, profesora asociada del Instituto de la Comunicación e Imagen, Directora de Extensión de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile.

Reflexionar respecto de la gestión cultural en perspectiva de género advierte desde ya plantear un sistema complejo de bordes, especialmente cuando se enmarcan las condiciones objetivas y subjetivas que suponen los feminismos de los últimos años. Complejo, porque desde ya se advierte que es necesario pensar en términos de interseccionalidad al momento de observar cómo este trabajo —ejercido por trabajadoras/es— es posible de ser abordado desde la perspectiva emancipadora que debería implicar —por la urgencia de sus fundamentos— el género como tal e incluso la deconstrucción del mismo. ¿Cómo se puede plantear un proyecto de gestión cultural con enfoque de género? ¿Cómo se despliegan los feminismos a nivel territorial desde el espacio de las manifestaciones culturales? ¿Cuál es el lugar de los derechos sociales, la ciudadanía, la sustentabilidad, la lucha de los pueblos originarios en estos procesos productores de identidad, cuando se canalizan desde la mirada que habita en los feminismos?

Siguiendo las citas recogidas por Ana Luz Castillo en su apartado “Gestión cultural y género: una aproximación”, del Manual Atalaya de apoyo a la Gestión Cultural, destaco el rescate que ella hace del VII Seminario Internacional del Observatorio Cultural del Proyecto Atalaya, realizado en Huelva en mayo de 2014, cuando Lluís Bonet Agustí, Director del programa de Doctorado en Gestión de la Cultura y el Patrimonio de la Universidad de Barcelona, define al gestor

o gestora cultural “como mediador entre la creación artística o herencia patrimonial, el consumo cultural y la participación ciudadana, con el objetivo de hacer viable un proyecto cultural que se inserta en una estrategia social, territorial y/o de mercado”<sup>1</sup>. La recojo, porque en este marco de aproximación se valora esta estrategia como un diseño y una práctica que se puede referir tanto a potenciar el espacio de la cultura como un bien público para el buen vivir, como puede orientarse a las industrias creativas vinculadas al campo del consumo cultural que aceita el engranaje público-privado.

Asimismo, es necesario aclarar que no se puede hablar de un único feminismo sino de una variedad inserta en un arco dinámico, donde se producen y tensionan intercambios. Aquí se aprecian los feminismos emancipadores que desafían el sistema heteronormado y capitalista e interpelan, por tanto, al racismo, clasismo y sexismo. Y lo hacen, por lo general, a través de manifestaciones artísticas y procesos culturales que marcan una fisura en la reproducción patriarcal que dominan los discursos arraigados a los circuitos de museos, galerías, centros culturales y espacios institucionales (universidades, Estado) que promueven (o no) las políticas públicas.

Cabe reconocer, entonces, que los feminismos se conectan con los movimientos sociales y, desde esa conexión, es posible

1

Ver <http://atalayagestioncultural.es/capitulo/gestion-cultural-y-genero> (Consultado el 27 de junio de 2019).

“es necesario pensar en términos de interseccionalidad al momento de observar cómo este trabajo —ejercido por trabajadoras/es— es posible de ser abordado desde la perspectiva emancipadora que debería implicar —por la urgencia de sus fundamentos— el género como tal e incluso la deconstrucción del mismo”.

observar una serie de idearios y líneas editoriales (porque no hay proyecto cultural que trascienda si no es a través de la comunicación) que desafían esa forma de reproducción patriarcal pro-sistema. De ahí la relevancia de articular la gestión cultural —estructurada desde su diseño hasta su evaluación— con los movimientos sociales agenciados en su interseccionalidad, a la conciencia de comunidad libertaria que promueven los feminismos y, por supuesto, sus conexiones con el activismo LGBTIQ+.

Así, las prácticas culturales van conformando procesos identitarios que los feminismos leen a contrapelo del poder dominante y, de esta manera, relevan como proyectos para provocar críticas y nuevas formas constituyentes imperativas a la hora de leer cualquier acto estructurante que, como un rito, busca instalarse en el *habitus* subyacente a la formación de los y las sujetas históricas/os. El acto se vuelve, por tanto, político al desafiar las precariedades y las miserias de las teorías; el acto —como el que pretenden los movimientos de lucha contra la violencia hacia las mujeres o los que median para la visibilización de los cuerpos y espacios no binarios—, se vuelve poderoso al ser traducido y apropiado en territorios establecidos o efímeros, codificados en programaciones, puestas en escena, gráficas, textos.

Es cuando, sobre la base de esos intercambios, el derecho a la cultura se vincula

al derecho a la ciudad; las luchas medioambientalistas se funden con las luchas de naciones indígenas y las banderas en pro de la movilidad humana. En Chile hay huellas recientes. El relato, el gesto, se vuelve arte, acción, praxis, reflexividad y se convierten, entre todos, en productores de teorías que deben, a mi juicio, seguir levantando una agenda radical feminista que desde el campo cultural transforme y no sólo revise teóricamente la división del trabajo y la distribución de la riqueza (en tanto su quehacer y en tanto su poder de representación de la realidad).

Una agenda que, desde una sororidad extendida y profundizada —y desde unas formas de hacer en comunidad más allá del género—, siga agrietando el actual estado de cosas del occidentalismo capitalista, que sólo profundiza la crisis de humanidad que nos alcanza junto a la crisis constante del Estado-nación. Por lo mismo, una gestión cultural crítica que logre mediar de esta forma más radical, podrá generar nodos creativos y productores de bienes materiales y simbólicos con sentido de futuro y justicia social, instalando diálogos, *nuevxs sujetxs* y formas de ver y habitar, con la conciencia social de que el trabajo de gestión/programa/espacio/expresiones culturales son partes insoslayables de la trama significativa en que se fundan y tejen en red los feminismos, entendidos siempre en plural. ■

